

impulso de su corazón, le dijo a Clotilde, no bien se encontraron fuera del templo:

—¿No has visto a Leopoldo?

La joven creyó que habían sorprendido sus miradas, y palideció.

Pero don Emilio, que nada había visto, y que, preocupado con su idea, no fijó la atención en la palidez de su protegida, agregó:

—Daría cualquier cosa por encontrarlo; así andaría el primer paso en la senda de la justicia para reparar los males que causé a su honrado padre.

—¡Cómo! —exclamó Clotilde gratamente sorprendida—. ¿Era para favorecerlo?

—Sí, hermosa mía; soy depositario de un secreto que le interesa sobremanera.

—¿Y es urgente?

—Urgentísimo.

En el semblante de Clotilde se retrataron el afán y la inquietud.

Anhelaba descubrir el sitio en que se encontraba en aquel instante, pero la contenía el rubor de confesar que lo había visto, cuando con su silencio había pretendido dar a entender poco antes lo contrario.

Pero Inés, que leía lo que pasaba en el corazón de su querida amiga, y que había sorprendido la última mirada que los amantes se dirigieron en el templo, acudió en auxilio de la hermosa, diciendo con acento dulce y con ingenua franqueza:

—Cuando acabamos de rezar y nos disponíamos a salir, lo vi en uno de los lados de la iglesia.

Clotilde comprendió el sentimiento delicado que había dictado aquellas palabras, y le envió una mirada de reconocimiento y de profunda gratitud.

—¿En uno de los lados de la iglesia?—preguntó don Emilio con ansiedad y placer.

—Sin duda.

—¿En cuál?

—En el de la izquierda, junto a un confesonario.

—¿Estás segura de que era él?

—Segurísima.

—¡Gracias, Dios mío! ¡Ah!, es preciso que lo vea al instante..., ahora mismo.

Y don Emilio violentó un poco más el paso, para llegar cuanto antes a donde les esperaba el coche.

Pronto se acercaron al carruaje, y no bien entraron las

señoras, cuando se despidió, diciéndoles que le esperasen, en tanto que marchaba en busca de Leopoldo.

Inés y Clotilde no sabían qué pensar de aquel interés repentino que se había despertado en Landeta por el hijo de su calumniado amigo.

Cierto es que, desde la noche de los acontecimientos en la capilla, había manifestado vehemente anhelo porque la conducta del padre del joven artista apareciese tan limpia como lo indicaba el manuscrito.

Interesado en la salud de la hermosa Clotilde, y alarmado por el ataque de que la vió acometida y que afectó su naturaleza hasta el grado de temer por su vida, no titubeó en asegurar muchas veces a Clotilde que estaba interesado en unirla al hombre que idolatraba, y que sólo esperaba para verificarlo, la aclaración de la inocencia de Cabrera.

En estas y otras reflexiones favorables estaban ocupadas las dos bellas, cuando se presentó en la portezuela del carruaje un hombre.

Clotilde, al verlo, palideció y dió un grito de sorpresa.

Inés hizo un movimiento de asombro, y estrechó entre sus manos las heladas de su hija.

¿Por qué?

En el capítulo siguiente lo sabrá el lector.

CAPITULO VIII

Proposiciones

Hemos dicho que, al alejarse el señor Landeta en busca de Leopoldo, se quedaron esperándolo dentro del coche, Clotilde y la hermosa Inés.

Dijimos también que, cuando estaban entregadas a risueñas reflexiones, sugeridas por la buena disposición que don Emilio manifestaba al joven pintor, se presentó en la portezuela del coche un hombre, que hizo palidecer a Clotilde y estremecer a Inés.

Aquel hombre era Duval, que, habiendo reconocido el carruaje de don Emilio y visto alejarse a éste, trató de tocar un medio que pudiera favorecer sus miras.

—No hay que asustarse —dijo, viendo la sorpresa que había causado su presencia—; con verdadero pesar advierto lo poco lisonjera que les es a ustedes mi visita.

—No debe usted estar muy persuadido de ello, cuando se toma la molestia de hacerla —contestó Inés con entereza—;

pues lo contrario equivaldría a confesar que se complacía usted en causar disgusto a determinadas personas, cosa, por cierto, que no le conquistaría a usted en la sociedad el título de galante y de urbano.

—Y sin embargo, hay veces que, por sensible que le sea al hombre renunciar a la lisonjera calificación de atento, sacrifica su amor propio en aras del deber, que lo impulsa a prestar un servicio a las mismas personas que tienen formado de él un desfavorable concepto.

—No hay regla sin excepción.

—Y yo precisamente soy en este momento esa excepción.

—¡Usted...!

—Sin duda.

—¿Es decir, que el objeto de esta visita reconoce un rasgo de generosidad hacia nosotras? —dijo sonriendo y con acento irónico Inés—. ¡Oh! ¡le debemos estar a usted muy agradecidas!

—Usted, señorita —contestó Duval sin desconcertarse por el tono burlesco de la hermosa—, está en el derecho de poder dudar de la sinceridad de mis palabras; y sin embargo, nada es tan cierto como el deseo que me anima en prestarles un servicio importante, siempre que antes se dignen manifestarme menos severas que lo que hasta hoy han sido conmigo.

—¡Ah! ¿Hay una condición? —volvió a decir en el mismo tono irónico la hermosa Inés—. Ya me parecía a mí que la generosidad de usted había de tener alguna condición.

—Señorita, bien se puede asociar a mi bien particular el bien mismo de ustedes.

—Crea usted que dudo más de la posibilidad de esa amalgama o consorcio, que de la unión del agua y el aceite, de la luz y de las tinieblas.

—Y sin embargo, nuestras disonas ideas no reconocen más origen que mi amor, mi adhesión, mi inextinguible cariño hacia Clotilde; es decir, que la estimación y el cariño que agradecemos en los mismos animales, son, por una causa inconcebible, el elemento disono de nuestros pensamientos.

—Es que el cariño de los animales —contestó Inés con acento firme— no es exigente hasta el grado de solicitar el daño de sus dueños, si de él resulta su bien particular.

—Comprendo toda la hiel que entraña esa contestación; mi unión con la mujer que amo, la consideraría usted, lo mismo que ella, como la mayor desgracia que podría sobrevenirles; pues bien, he aquí lo que yo tengo empeño

en probar que es un error, que es una prevención injusta contra mí, vindicando con mi leal conducta de tierno esposo, los sentimientos generosos calumniados.

—Permítame usted —dijo Inés tratando de poner fin a aquel molesto diálogo—, que me tome la libertad de advertirle, señor Duval, que ni el sitio ni el momento son convenientes para tratar de este asunto.

—Es que, como cuantas veces tengo la honra de ir a casa de usted con intento de hablar de él, se pretextan ocupaciones para dejarme políticamente, sin permitirme manifestar mis sentimientos, he aprovechado esta coyuntura para hacer mis últimas proposiciones.

El aire resuelto con que fueron pronunciadas estas últimas palabras, hicieron conocer a Inés lo difícil que sería hacer que se alejara aquel hombre, que se había propuesto atormentarlas. Sin embargo, juzgó que el tono duro y severo convenía para conseguirlo, más que el blando y atento que había usado hasta entonces, y convencida de ello, contestó con la mayor dignidad:

—Le suplico a usted se ahorre el trabajo de hacerlas y a nosotras la pena de oírlas, puesto que la resolución de mi tierna protegida no depende más que de la verdad o de la falsía del contenido del manuscrito.

—Es que yo no puedo conformarme con la resolución tomada por don Emilio, en un momento en que mis enemigos consiguieron suspender la ceremonia augusta que debía unirme para siempre a la mujer que amo; no se me oculta que se pondrán en juego todos los medios, y se moverán todos los resortes que den el triunfo a mi odioso rival, y por lo mismo, antes de que con mi condescendencia contribuya yo mismo a mi derrota, vengo resuelto a conseguir el bien supremo a que aspiro, o a romper todas las consideraciones con que he alcanzado hasta ahora atajar los avances de la murmuración con que el público empezaba a herirla a usted sin piedad.

—Esas murmuraciones —dijo Inés, poniéndose pálida como un cadáver—, no son más que infames calumnias, que no alcanzarán otra acogida que el desprecio de las personas sensatas.

—Las personas sensatas, señorita, suspenden su juicio mientras las apariencias no son vehementes; pero cuando éstas han cobrado todo el aspecto y colorido de la realidad...

Y Duval fijó los ojos con refinada malicia en su interlocutora, para ver el efecto que producían sus palabras.

—Y bien —contestó con resolución Inés—, cuando eso su-

ceda, cuando el encono y la venganza de un infame atraigan sobre mí el desprecio de la sociedad, cuando todos me señalen con el dedo como indigna de las consideraciones a que he procurado hacerme siempre acreedora, entonces me cabrá el consuelo de haber salvado de las garras de un vil, a un ángel de candor y de inocencia, a mi tierna protegida.

—¡Protegida...! —dijo con acento irónico Duval—. ¿Por qué no dar a las cosas su verdadero nombre?

—¿Veis cómo sois vos el verdadero infame?—exclamó altamente ofendida la hermosa Inés.

—Si la ingenuidad y decir lo que uno piensa, ha de ser calificado de infamia —contestó con calma y sonriendo, Duval—, prefiero ese título al de virtuoso, alcanzado por actos hipócritas.

Inés le dirigió una mirada de desprecio; sus miembros se estremecieron de indignación, y el carmín del rubor coloreó sus mejillas.

—¡Madre mía, madre mía! —dijo Clotilde al notar la mutación operada en el semblante de su bienhechora—; no dé usted crédito ni valor a las palabras del señor Duval; la virtud y el buen nombre de usted, están en una altura a que no puede llegar la calumnia de unos miserables. Y usted, señor Duval —añadió, dirigiéndose a éste con dignidad—, usted, que no puede conocer los delicados sentimientos de pudor y de virtud que atesora el alma de la mujer; usted, que desconoce, o que atropella, por lo menos, las finas consideraciones que la educación y la urbanidad imponen al hombre cuando se dirige a nuestro sexo; usted no debe olvidar desde ahora mi inmutable resolución en las palabras que voy a emitir: «nunca seré del hombre que ha dudado de la honra de mi protectora, de la mujer más noble del mundo, de la leal amiga, por quien daría gustosa la vida».

Inés la estrechó contra su corazón, con la emoción más profunda de gratitud y de amor.

Duval se mordió los labios, dominado por la ira; pero haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, dominó sus feroces instintos, y contestó con aparente tranquilidad:

—Amo a usted, y por lo mismo no puedo aplaudir esa resolución. Yo no he tratado de ofender a nadie; y si lo he hecho involuntariamente, desde ahora retiro las palabras que se hayan juzgado ofensivas. Mi intención es más noble de lo que a primera vista parece. Escuchadme, señorita Inés: de la admisión de mi oferta, resulta el triunfo

de la virtud de usted, empañada por lenguas maldicientes, mi felicidad y la dicha de la hermosa Clotilde, para la cual y para usted son desde ahora mis exorbitantes riquezas.

—Aun cuando me propusieran todos los tesoros de la tierra —exclamó la hermosa Inés con voz firme—, yo no mezclo la honrada sangre de mis venas, ya que usted sospecha que es mi hija, con la infame de un malvado. No es la hija de mi alma, vil mercancía que la vendo por ningún precio del mundo.

Duval, que no conocía ninguna de las virtudes que colocan al hombre en otra atmósfera pura, donde la ambición no penetra, donde los bienes materiales se posponen a los espirituales, haciendo del mortal un sér verdaderamente libre, pues tanto más independiente es el hombre cuanto más se aleja de las innobles pasiones que avasallan a la humanidad; Duval, cuyo Dios era el oro, y los goces carnales el ídolo a quien rendía ciego culto, quedó asombrado con la inesperada respuesta de la hermosa.

—¿Es decir —exclamó mal disimulando su ira—, que me desprecia usted, que me cree indigno de la mano de su hija?

—Negarla, no es calificar a usted de poco merecedor.

—Pues bien; voy a hacerle a usted comprender la nueva desgracia que, a no acceder a mi solicitud, le espera.

Inés y Clotilde palidecieron. Duval, advertido de ello y halagado aún con una esperanza, continuó:

—Leopoldo, su protegido de usted, conspira.

Inés se puso cadavérica, y Clotilde arrojó una exclamación de dolor.

—¿Será posible?—pronunció Inés, dejando ver en sus negros ojos el espanto y el temor.

—En este mismo instante debe encontrarse en poder de los agentes de policía que rodeaban la casa en que se reunían los conspiradores. Voy a hacer, pues, mi última proposición: su libertad, que estoy seguro de conseguirla, por la mano de Clotilde.

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamó Clotilde afligida.

Duval esperó un momento; pero viendo que no alcanzaba respuesta, preguntó con aire amenazador:

—¿Desprecia usted mi proposición?

—La desprecio—exclamó la joven con resolución.

Inés la abrazó tiernamente.

Duval hizo un gesto de indignación, dirigió una severa mirada a su víctima, y dijo al retirarse:

—¡Adiós! Vine a salvar a ustedes, y han querido perecer; la culpa es de ustedes. Sólo me resta advertir que guarden

un profundo silencio con don Emilio de cuanto ha pasado porque me vengaría en Leopoldo de la desobediencia de ustedes.

Y se alejó, dirigiéndose hacia la casa en que debían de estar reunidos los conjurados.

Inés y Clotilde quedaron sobrecogidas de espanto.

La tardanza de don Emilio les tenía inquietas.

¿Había encontrado a Leopoldo?

Esta incertidumbre era terrible para las dos hermosas.

¿Qué era entretanto de Leopoldo?

¿Había asistido a la reunión?

¿Había caído en poder de la policía?

CAPITULO IX

Un aviso

Dejemos por un momento a Inés y a Clotilde, temerosas por la suerte de Leopoldo, mientras Duval se aleja de ellas respirando venganza, y ocupémonos de otros personajes que también interesan a nuestra historia.

Hemos visto en uno de nuestros anteriores capítulos, salir del templo a Leopoldo, seguido de Julián, a quien Willey, al separarse, había encargado que no le perdiese de vista hasta no verle entrar en la casa en que se reunían los conspiradores.

Núñez, al salir de la iglesia, observado siempre por Julián, se detuvo un instante en el atrio, dirigiendo la vista a todas partes, como en busca de alguno.

Era precisamente el momento de más vida y más animación en la Villa.

Todas las piezas bajas de las casas se habían convertido de repente en otras tantas fondas, a las cuales acudían, como acontece siempre, la mayor parte de las personas que han concurrido a la fiesta, excepto la clase alta de la sociedad. Allí la gente de frac y de frazada, las señoras de pañolón de Manila o «tápalo», como lo llaman, y las graciosas «chinas», de enagua corta y desnuda pierna, pagan tributo a la costumbre de almorzar en la animada Villa; y unas, sentadas en malas sillas, y otras, en el suelo, alimentan su estómago con el sabroso «mole de guajolete» (pavo en salsa roja), y el «chito», ayudados del sabroso pulque de piña, de almendra o de naranja.

Núñez, después de estar un instante en el atrio, se resolvió a dejar aquel sitio.

Al cruzar a la izquierda, por junto a la pared de la iglesia, para no tropezar con la multitud de gente que entraba y salía del templo, mil voces chillonas de mujer, sentadas debajo de sombreros, le rompían los oídos, gritando sin cesar:

—A doscientas «tortillitas» doy por medio, a doscientas: «apruébalas» usted, señorito.

Pero Núñez no estaba para detenerse. No bien había dejado el atrio, se dirigió al «Pocito», pequeña capilla en cuyo centro se halla un manantial de agua sulfurosa, que pasa entre el vulgo por milagrosa, para curar todas las enfermedades. Allí se quedó como en espera de alguno, distrayéndose en ver a multitud de personas agolpadas alrededor del barandal de hierro que circunda el «Pocito», para evitar que alguien caiga a él, afanadas en llevar del expresado líquido las botellas y jarras que han ido cargando desde México, y sin el cual, así como sin las «tortillitas», de que ya he hablado, nadie acostumbra volver a la capital. No parece sino que cuantos al expresado «Pocito» acuden, son ciegos apasionados del sistema hidropático. Todos, a competencia, beben vaso tras vaso, con una fe ciega el agua milagrosa, distinguiéndose muy particularmente los indios que, no satisfechos con lo que han depositado en el estómago, acuden luego a un lugar exterior de la capilla en que existe la misma agua y allí se bañan los pies, los brazos y la cabeza, para quedar benditos por dentro y por fuera.

Núñez parecía impacientarse con la tardanza del que esperaba, y dirigía la vista hacia la calzada que conduce al «Cerrito», cubierta entonces de millares de personas, que subían a bailar y merendar alegremente.

Julián, que lo había ido siguiendo, le contemplaba desde un extremo de la capilla; pero en los ojos de aquel criado de Willey, había algo que no se parecía en nada a la siniestra mirada del que espía los movimientos de su víctima. Más que el Argos que vigila, parecía el escultor que contempla una noble figura que le agrada, para sorprender y presentar en el arte los tesoros de la naturaleza.

Y efectivamente; Núñez, con los ondulados rizos de su cabello rubio, con gracia sin igual peinado, con la mano derecha metida en el pecho del frac, y la izquierda apoyada en un hermoso bastón de estoque, con puño de blanco marfil, colocado debajo de un gran cuadro pintado al

óleo, que adorna la capilla, parecía el modelo de una de esas notables esculturas que immortalizan el nombre de sus autores.

Pero Julián no era escultor; Julián no era más que un criado sin instrucción alguna, que mal podía apreciar esas actitudes naturales y llenas de atractivo, que forman el estudio y el tesoro del artista que sabe utilizarlas.

Al verle con los ojos dulcemente fijos en el hombre que vigilaba, se hubiera dicho que el noble porte, la figura interesante de Núñez, su dulce fisonomía, su continente, todos sus movimientos, que respiran dignidad y finura, le habían inspirado una viva simpatía.

De repente, Núñez dejó la actitud en que lo hemos visto; se pintó en su rostro la inquietud, esperó otro instante, sacó el reloj para saber la hora, hizo un gesto de sorpresa, y echó a andar precipitadamente, diciendo en voz baja:

—Me citó aquí, y la hora ha pasado; es demasiado tarde; irá, si viene, a la casa en que es la reunión.

Julián, al verlo partir, apresuró el paso para alcanzarlo. Núñez tomó por detrás del Santuario.

Por aquel sitio no pasaba ninguno.

El criado de Willey lo advirtió, y quiso aprovechar aquella coyuntura.

El amigo de Leopoldo caminaba aprisa, sin notar que lo seguían.

Julián se colocó, en dos saltos, a pocos pasos de él.

—¡Señor Núñez!—grita el que lo seguía.

—¿Qué se ofrece?—contestó el joven deteniéndose.

—Vengo a avisarle a usted de un peligro.

Núñez se inmutó.

—¿Peligro? ¿y cuál?

—A usted lo esperan varios enemigos del gobierno.

—¿Quién te ha dicho que...?

—La reunión es en la casa de don Francisco L.—añadió el hombre, sin dejarle concluir.

—¿Quién te ha dado esas noticias?

—Déjeme usted acabar.

—Bien; continúa.

—Va usted a firmar un acta en que figuran varios jefes del ejército.

—Pero tú, ¿quién eres?

—A usted le debe importar muy poco saber quién soy yo.

—Sin embargo...

—Bástele conocer que lo que digo es cierto para estar

seguro que trato de salvarlo del peligro que lo amenaza.

—¿Pero cómo has llegado a descubrir?

—No puedo responder a sus preguntas.

—Pero...

—Usted ha entrado en el plan de revolución para que caiga el gobierno actual.

—Tal proyecto...

—Es cierto; en vano intentaría usted negarlo.

—¿Pero quién te ha informado?

—Una persona que quiere a usted muy mal; pero yo le debo a usted un favor, y he querido avisarle para que no caiga en la ratonera.

—¿Un favor a mí?

—¿Se acuerda usted de un pobre que se acercó la Semana Santa a pedirle a usted un socorro para dar de comer a su familia, y a quien le dió usted un peso?

—Ese pobre...

—Era yo.

—¿Será posible?

—Cierto.

—¿Y mis compañeros de ideas políticas, Leopoldo y Rafael?

—Es imposible que se salven, pues la casa estaba cercada con anticipación por agentes de policía, vestidos de paisanos, que se irán apoderando de los conjurados conforme vayan saliendo del edificio.

—¡Y no poder salvarlos!

—Ya es tarde para conseguirlo. Pero apresúrese usted a volver a México, para que yo pueda dar esa disculpa a quien me ha encomendado que no le pierda a usted de vista.

Núñez pareció meditar un momento, y luego, tomando una resolución exclamó:

—No; correré la suerte de todos: o salvarlos o sufrir con ellos.

Y echó a andar con dirección a la casa en que era la reunión, volviendo por el mismo sitio por donde había marchado, para ver si entre el gentío de la plaza encontraba a Leopoldo.

El agradecido Julián, empeñado en salvarlo, volvió a suplicarle desistiera de su intento; pero nada escuchó Núñez; era invariable en sus resoluciones, y no quiso detenerse ante la vista del peligro.

El agente de Willey lo seguía a regular distancia, esperando aún que cambiase de resolución.

Núñez caminaba aprisa y mirando a todas partes, buscando entre el inmenso gentío a su amigo.

Tan preocupado marchaba en esta idea, que, al llegar frente al atrio, tropezó con una mujer que, con la cabeza inclinada al suelo y cubierto el rostro con un rebozo oscuro, caminaba de rodillas hacia el templo.

La tapada levantó la cabeza, y al fijar los ojos en Núñez, dejó escapar una exclamación de asombro.

El preocupado joven, sin fijar la vista en la persona con quien había tropezado y sin oír aquella exclamación, continuó su marcha, seguido siempre de Julián.

Pero aquel grito, que para él había pasado desapercibido, lo recogió otra mujer, que quedó sorprendida y quieta al oírlo.

Núñez, después de cruzar la plaza, por en medio del gentío, tomó una calle estrecha, que está a la derecha, y penetró en el ancho zaguán de una casa.

El hombre que lo seguía, se quedó en la acera de enfrente, triste y pensativo.

—¡Ya no hay remedio!—dijo, y se dirigió al sitio en que lo espera Willey.

—¿Dónde has dejado a Núñez?

—En la casa en que se reúnen los conjurados.

En la fisonomía del doctor brilló la alegría, y dijo frotándose las manos.

—Hemos triunfado.

En aquel mismo instante se dirigía a toda prisa hacia su coche don Emilio.

El lacayo le abrió la portezuela, y al penetrar en el carruaje, dejaron escapar Inés y Clotilde una exclamación de alegría.

—A casa, inmediatamente—dijo el auriga, sentándose enfrente de las dos hermosas.

El cochero aplicó el látigo a los briosos caballos, y el coche rodó con dirección a la capital.

—¿Y Leopoldo? —se atrevió a preguntar Inés—. ¿Lo has visto?

—No; ya no estaba cuando llegué a la iglesia, en el sitio en que me indicaste, y no he podido encontrarlo en ninguna parte.

Clotilde sintió discurrir por sus miembros un frío mortal.

—¡Sin duda está preso!—pensó interiormente, y su semblante se veló de una palidez extrema.

Inés inclinó la cabeza sobre el pecho, y contuvo un suspiro próximo a exhalar.

Entretanto, el gentío que se dirigía a la Villa era cada vez mayor.

Los fondistas continuaban vendiendo su mole verde. Las indias pregonaban en mal castellano sus efectos. La gente del bajo pueblo bailaba en el «Cerro» al son de la «jarana», bandolón y arpa, después de haber almorzado el sabroso «chito» y los frijoles gordos, ayudados de sendos tragos de pulque.

La aguda voz de las vendedoras de «tortillitas» se unía a la ronca y destemplada del cacahuetero, del naranjero y del vendedor de agua de limón. Los indios seguían bañándose la cabeza en el agua azufrosa del «Pocito».

La fiesta continuaba alegre y animada. El bullicio se aumentaba.

Y el coche que conducía a Inés, Clotilde y don Emilio, desapareció entre las espesas nubes de polvo que los carruajes y los caballos levantaban en la espaciosa calzada.

CAPITULO X

En la prisión

Hace tiempo que vimos conducir a la cárcel en medio de una patrulla de soldados, a un inocente, por el crimen de asesinato que se le imputaba.

Este preso era don Félix Huerta, el honrado dependiente de don Felipe Flan.

Al escuchar el ruido de los cerrojos de las pesadas puertas que tras de sí se cerraban, sintió helársele la sangre en las venas, y que sus piernas flaqueaban. El aspecto lúgubre de aquella oscura mansión, donde se le encerraba, confundiéndolo con los mayores criminales de la sociedad, le hizo estremecer de horror. Pálido y abrumado con el peso de su desgracia, seguía al carcelero que, con su opaco farol en la mano izquierda y un manajo de llaves en la derecha, atravesaba por oscuros y sucios pasillos, con estrechos calabozos de uno y otro lado, donde resonaban las blasfemias y las maldiciones de los desesperados presos.

El carcelero se detuvo en el fondo del último pasillo, enfrente a una puerta baja y gruesa, de cedro; quitó los duros cerrojos y mandó a don Félix que penetrase en aquel antro que le debía servir de habitación.